



MAGGIE STIEFVATER

EL TERCER DURMIENTE

THE
RAVEN
BOYS III

www.

literaturasm
.com



Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Blue Lily, Lily Blue*
Traducción: Xohana Bastida

Publicado por primera vez por Scholastic Press en 2014
Copyright © 2014 Maggie Stiefvater
All rights reserved. Published by arrangement with Scholastic Inc.,
557 Broadway, New York, NY 10012, USA

La compra de derechos de este libro se negoció
a través de Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona
www.uklitag.com

© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

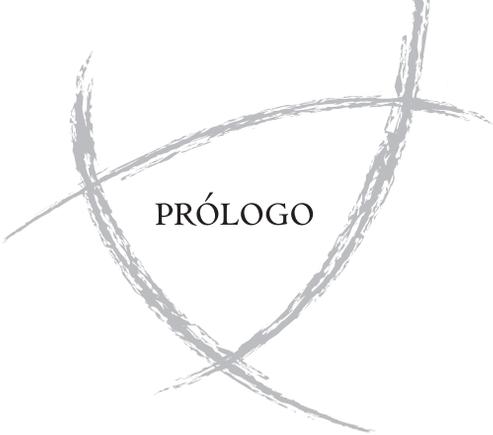
Para Laura,
una de los caballeros blancos.

Busco el rostro que tuve
antes de que se hiciera el mundo.

WILLIAM BUTLER YEATS,
Antes de que se hiciera el mundo

Demos gracias al espejo por revelarnos
únicamente nuestra apariencia.

SAMUEL BUTLER,
Erewhon



PRÓLOGO

Arriba

Persephone estaba de pie en la cima pelada, con la amplia falda de su vestido marfil azotándole las piernas y la melena blanquecina y rizada ondeando a su espalda. Parecía vaporosa, inmaterial, como si el viento la hubiera arrastrado hasta aquellos peñascos y la hubiera dejado enganchada en uno de ellos. Allí arriba, sin árboles que lo detuvieran, el aire soplaba con ferocidad. Abajo, el mundo exhibía todo el esplendor del otoño.

A su lado esperaba Adam Parrish, con las manos enterradas en los bolsillos de sus pantalones de lona manchados de grasa. Aunque parecía cansado, su mirada era mucho más clara que la última vez que Persephone lo había visto. Siempre concentrada en las cosas importantes de verdad, Persephone llevaba mucho tiempo sin pararse a recordar cuántos años tenía. Y sin embargo, al mirar ahora al chico, se asombró de lo... lo nuevo que parecía. Su expresión descarnada, el encorvamiento adolescente de sus hombros, la energía frenética que desbordaba...

«Hace un día excelente para estas cosas», pensó Persephone. Era fresco y encapotado, sin interferencias de la energía solar, de las fases de la luna o de la maquinaria de alguna obra cercana.

—Ese es el camino de los muertos—dijo, alineándose con el sendero invisible. Nada más hacerlo, notó que en su interior despertaba un zumbido placentero; era una sensación no muy distinta de la que obtenía al ordenar los lomos de los libros en un estante.

—Te refieres a la línea ley —replicó Adam.

Persephone asintió con serenidad.

—Compruébalo por ti mismo.

El chico avanzó hasta pisar la línea, y su cara se giró para observar su recorrido con tanta naturalidad como si fuera una flor buscando el sol. A Persephone le había llevado mucho más tiempo dominar aquel arte; no obstante, ella, a diferencia de su joven pupilo, no había hecho ningún trato con un bosque sobrenatural. Hacer tratos no era lo suyo. En general, no se le daba demasiado bien trabajar en equipo.

—¿Qué ves? —le preguntó.

El muchacho parpadeó, y sus pestañas del color del polvo acariciaron el inicio de sus mejillas. Como Persephone era quien era, y además el día era realmente excelente para aquellas cosas, percibió de inmediato lo que estaba viendo el chico. No tenía nada que ver con la línea ley. Era el suelo de una bonita mansión, salpicado de figurillas hechas añicos. Una carta oficial, en un papel con sello de las autoridades del condado. Un amigo convulsionándose a sus pies.

—Me refiero a lo que ves fuera de ti —le recordó Persephone en tono suave.

Lo que ella veía en el camino de los muertos era un cúmulo tal de acontecimientos y posibilidades que ninguno de ellos sobresalía entre los demás. Persephone era mucho mejor vidente cuando sus amigas Cala y Maura estaban junto a ella: Cala, para seleccionar sus percepciones, y Maura para ponerlas en contexto.

Adam parecía tener potencial para esto último, pero le faltaba experiencia para reemplazar a Maura... «No», se dijo Persephone, «esa no es la palabra». Las amigas no se podían reemplazar. Se esforzó por buscar otro término, uno que fuera más adecuado.

«Rescatar». Sí, eso era: lo que se hacía con los amigos era rescatarlos. ¿Pero necesitaría Maura que la rescataran?

Si Maura estuviera con ella en la montaña, Persephone habría sabido la respuesta a esa pregunta. Aunque si Maura estuviera allí, la pregunta no habría tenido razón de ser.

Soltó un largo suspiro.

Últimamente suspiraba mucho.

—Veo cosas —dijo Adam, con las cejas fruncidas en un gesto de... ¿concentración? ¿Incertidumbre?—. Más de una. Son como... como los animales de Los Graneros. Veo cosas... que duermen.

—Sueñan —asintió Persephone.

En el instante en que Adam había mencionado a los durmientes, estos se habían situado en la primera línea de su consciencia.

—Son tres —añadió.

—¿Tres qué?

—Tres en particular —murmuró Persephone—. A los que hay que despertar... No, no. Dos. Hay uno que no debe despertar.

Aunque a Persephone nunca se le había dado muy bien distinguir qué estaba bien y qué estaba mal, en este caso no le cabía duda de que el tercer durmiente estaba... mal, de algún modo.

Durante unos minutos se quedó allí de pie, junto al chico —«Adam», se recordó a sí misma; cada vez le resultaba más difícil dar importancia a los nombres de pila—, sintiendo el pulso de la línea ley bajo sus pies. Una y otra vez, con suave insistencia, Persephone trató de encontrar la vibrante hebra de Maura en la enredada madeja de energía.

A su lado, Adam volvió a encerrarse en sí mismo. Como siempre, lo que más le interesaba era lo único que no podía llegar a conocer: su propia mente.

—Fuera —le recordó Persephone.

Adam contestó sin abrir los ojos, en un tono tan suave que sus palabras casi se deshicieron en el viento.

—No quisiera ser maleducado, pero me pregunto por qué merece la pena aprender esto.

Persephone se asombró: ¿cómo podía el chico creer que era de mala educación hacer una pregunta tan razonable?

—Cuando eras un bebé —respondió—, ¿qué crees que te empujaba a querer hablar?

—¿Con quién estoy aprendiendo a comunicarme?

—Con todo —contestó Persephone, complacida por lo rápido que lo había entendido el chico.

En medio

Cala estaba anonadada por la basura que tenía Maura acumulada en su habitación del 300 de Fox Way, y no se privó de decírselo a Blue.

Ella no contestó. Estaba revisando un montón de papeles junto a la ventana, con la cabeza torcida en un gesto de concentración. Desde este ángulo era exactamente igual a su madre: compacta, atlética y difícil de derribar. Poseía una extraña belleza, a pesar de los trasquilones que se había hecho al cortar ella misma su pelo negro y de que llevaba una camisa a la que había pasado por encima una segadora de hierba. Aunque tal vez fueran precisamente esas cosas las que la hacían bella... ¿Cuándo se habría puesto tan guapa, tan mayor, a pesar de no haber crecido ni un centímetro? Aquella debía de ser la evolución normal en las chicas que se alimentaban solo de yogur, claro.

—¿Has visto estos, Cala? —preguntó—. Son muy buenos.

Aunque Cala no sabía a qué se refería Blue, estaba segura de que era verdad. Blue no era del tipo de personas que hacen elogios falsos, ni siquiera a su propia madre. Aunque era cortés, no se esforzaba por resultar agradable. Lo cual era toda una ventaja, claro, porque la gente que hacía esfuerzos por caer bien irritaba profundamente a Cala.

—Tu madre es una mujer con muchos talentos —gruñó. El caos de aquella habitación le estaba quitando años de vida. A Cala le gustaban las cosas sólidas, fiables: los ficheros bien organizados, los meses de treinta y un días, el lápiz de labios morado... A Maura le gustaba el caos—. Y uno de sus mayores talentos es ponerme de los nervios.

Cala agarró la almohada y se vio asaltada por una riada de sensaciones. En un solo instante, percibió dónde había comprado Maura la almohada, la forma en que la doblaba bajo su cuello, las lágrimas que habían mojado la funda y el contenido de cinco años de sueños.

El teléfono del servicio de videncia sonó en la habitación contigua, rompiendo la concentración de Cala.

—Mierda —masculló.

Cala poseía el don de la psicometría: a menudo, le bastaba con tocar un objeto para saber de dónde procedía y notar los sentimientos de su dueño. Pero aquella almohada tan usada contenía demasiados recuerdos para darles un orden lógico. Si Maura estuviera allí, a Cala no le habría costado nada aislar los recuerdos útiles.

Pero si Maura estuviera allí, no habría tenido por qué hacerlo.

—Blue, ven.

La chica le puso una mano en el hombro con ademán teatral, y su talento amplificador natural agudizó de inmediato el de Cala. Vio las noches de desesperanza e insomnio de Maura. Sintió la marca que había dejado la mandíbula sombreada del señor Gris en la funda. Contempló lo que había soñado Maura en su última noche allí: un lago de aguas lisas como un espejo y un hombre vagamente familiar.

Cala resopló.

Era Artemus: el antiguo amante de Maura, desaparecido hacía mucho.

—¿Encuentras algo? —preguntó Blue.

—Nada útil.

Blue retiró la mano bruscamente, consciente de que Cala era tan capaz de captar pensamientos en los humanos como en las almohadas. Sin embargo, a Cala no le hacía falta ningún don de videntes para adivinar que la expresión tranquila y razonable de Blue no se correspondía con el fuego que ardía en su interior. Las clases estaban a punto de comenzar, el amor se respiraba en el aire, y la madre de Blue había desaparecido hacía más de un mes en una misteriosa búsqueda que solo ella conocía, dejando atrás a su nuevo —y homicida— pretendiente. Blue era un huracán a punto de golpear la costa.

«Ay, Maura...», pensó Cala con el estómago encogido. «Te dije que no te marcharas».

—Toca eso —dijo Blue señalando un cuenco de adivinación negro y grande, que estaba caído en la alfombra desde que Maura lo había usado por última vez.

Cala no aprobaba la videntes en cuencos o en espejos, ni en nada que implicara sondear el misterioso éter del espacio-tiempo para manipular lo que se extendía al otro lado. Técnicamente, la videntes no era peligrosa: solo implicaba meditar frente a una superficie reflectante. Pero en la práctica, a menudo implicaba separar el alma del cuerpo, y el alma era una viajera frágil.

La última vez que Cala, Persephone y Maura se habían atrevido a hacer magia con espejos, Nevee, la hermanastra de Maura, había desaparecido de manera accidental.

Al menos, a Cala nunca le había gustado Nevee.

Sin embargo, Blue tenía razón: el cuenco era el objeto que más respuestas podía ofrecerles.

—De acuerdo —accedió Cala—, pero no me toques. No quiero que esto se haga aún más potente de lo que ya es.

Blue alzó las manos como si quisiera mostrar que estaba desarmada.

Cala rozó el borde del cuenco con gesto reticente, y de inmediato una nube oscureció su visión. Estaba dormida, soñando. Caía por una profundidad eterna de agua negra. Una versión simétrica de ella se alzaba disparada hacia las estrellas. Algo metálico se le hincó en la mejilla. Un mechón de pelo se le adhirió a la comisura de la boca.

¿Cómo encajaba Maura en aquello?

Una voz desconocida y estridente resonó en su cabeza. Entonaba una cantinela con cierto retintín:

*Reinas y reyes,
reyes y reinas,
Blue Lily, lirio azul,
coronas y pájaros,
espadas y cosas,
Blue Lily, lirio azul.*

Súbitamente, la visión de Cala se aclaró.

Volvía a ser ella misma.

Y por fin podía ver lo que había visto Maura: tres durmientes, uno claro, otro oscuro y otro a medio camino entre los dos. Supo que Artemus estaba bajo tierra. Supo que nadie podía salir de aquellas cavernas a no ser que lo fueran a buscar. Supo que Blue y sus amigos formaban parte de algo mucho más grande, algo gigantesco que se estiraba y se despertaba lentamente...

—¡BLUE! —rugió Cala, comprendiendo por qué sus esfuerzos tenían tanto éxito de pronto.

En efecto: Blue, a su lado, le había apoyado una mano en el hombro, y eso había hecho que la visión fuera mucho más intensa.

—¿Qué tal? —preguntó.

—¡Te dije que no me tocaras!

Blue se encogió de hombros, en absoluto arrepentida.

—¿Qué has visto?

Carla suspiró, aún inmersa a medias en aquella otra dimensión de la conciencia. Una y otra vez, la invadía la sensación de que, en cierto modo, se estaba preparando para entablar una batalla que ya había mantenido.

Lo que no recordaba era si había ganado la vez anterior.

Abajo

Maura Sargent no podía sacudirse la idea obsesiva de que el tiempo había dejado de funcionar. No es que se hubiera detenido, exactamente, sino que había dejado de avanzar del modo que Maura estaba acostumbrada a considerar «normal»: minutos que se sumaban hasta formar horas que, a su vez, formaban días y semanas.

Maura estaba empezando a sospechar que estaba viviendo el mismo minuto una y otra vez.

Aquella sensación tal vez hubiera obsesionado a algunas personas. Otras podrían haberla pasado por alto. Pero Maura no era como la mayoría. Había empezado a ver el futuro en sus sueños cuando tenía catorce años. Había conversado con su primer espíritu cuando tenía dieciséis. Había expandido su visión para contemplar el otro lado del mundo cuando tenía diecinueve. El tiempo y el espacio eran dos bañeras en las que Maura chapoteaba a placer.

Así pues, aunque Maura sabía que había cosas imposibles, le constaba que una caverna en la que el tiempo se detuviera no era una de ellas. ¿Cuánto llevaba allí? ¿Una hora, dos? ¿Un día, cuatro? ¿Veinte años? Las pilas de su linterna no se habían agotado aún.

«Pero si el tiempo no se mueve en este lugar, no se agotarán jamás, claro».

Se deslizó por el túnel, trazando franjas de luz del suelo al techo mientras avanzaba. No le apetecía estrellarse la cabeza contra un saliente

inesperado, pero tampoco le apetecía caer en una sima sin fondo. Ya había pisado varios charcos bastante profundos, y sus gastadas botas estaban llenas de agua.

Lo peor de todo era el aburrimiento. Tras una infancia vivida en la pobreza en plena Virginia Occidental, Maura había desarrollado una gran independencia, una altísima tolerancia hacia las incomodidades y un humor bastante negro.

Y sin embargo, aquella... monotonía...

Era imposible contarse chistes a una misma.

La única pista de que el tiempo tal vez se moviera de algún modo extraño era que, a veces, Maura olvidaba a quién buscaba allá abajo.

«Mi objetivo es Artemus», se recordó a sí misma. Diecisiete años atrás, había dejado que Cala la convenciera de que Artemus simplemente se había escapado. Tal vez, en aquel momento, había preferido creerlo. Pero, en el fondo, siempre había sabido que su desaparición formaba parte de algo mayor; que ella misma formaba parte de algo mayor.

Posiblemente.

Hasta el momento, lo único que había encontrado en aquel pasadizo eran dudas. Aquel no era el tipo de sitio que Artemus, tan amante del sol, habría elegido. Si acaso, tal vez fuera el tipo de lugar en el que alguien como Artemus podría morir. Maura estaba empezando a arrepentirse de la nota que había dejado antes de marcharse. Decía lo siguiente:

Glendower está bajo tierra. Yo también.

En el momento de escribirla, le había parecido muy ingeniosa; el texto estaba diseñado para enfadar o inspirar, dependiendo de quién lo leyera. En cualquier caso, lo cierto era que lo había escrito pensando que estaría de vuelta al día siguiente.

Ahora, la revisó y modificó mentalmente:

Me voy a una caverna sin tiempo en busca de mi ex novio. Si parece que voy a perderme la graduación de Blue, venid a echarme una mano.

P.D. Cenar solo pastel no es sano.

Siguió caminando. Ante ella, la oscuridad era negra como la tinta; detrás de ella, también. El haz de la linterna iluminaba detalles sueltos: un bosque de estalactitas incipientes en el techo. Una lámina de agua en la pared.

Aun así, no se había perdido. La razón era sencilla: hasta el momento, el camino no se había bifurcado. La única opción era avanzar hacia la profundidad.

Maura aún no tenía miedo. Hacía falta algo muy especial para atemorizar a alguien que chapoteaba en el espacio y el tiempo como si fueran dos bañeras.

Usando una estalactita resbaladiza como asidero, se aupó para pasar por una abertura estrecha en la roca. La escena que halló al otro lado era complicada. El techo estaba lleno de pinchos; el suelo estaba lleno de pinchos. Era un espacio infinito, imposible.

Y entonces, una gota de agua cayó al suelo y lo disolvió en una sucesión de ondas, estropeando momentáneamente el espejismo. Era un lago subterráneo. La superficie oscura reflejaba las estalactitas amarillentas del techo, creando la ilusión de que era un pavimento erizado de púas.

El verdadero fondo del lago no se veía. Podía tener cinco centímetros de profundidad, podía tener medio metro, podía carecer de fondo.

Ajá. De modo que al fin había llegado. Maura había soñado con aquello. Y aunque seguía sin tener miedo, notaba que su corazón se estremecía inquieto dentro del pecho.

«Podría volver a casa, sin más. Conozco el camino».

Pero si el señor Gris había estado dispuesto a arriesgar la vida por lo que quería, ella podía ser igual de valiente. Maura se preguntó

brevemente si seguiría vivo, y se sorprendió al darse cuenta de lo mucho que deseaba que sí lo estuviera.

Volvió a revisar la nota mentalmente:

Me voy a una caverna sin tiempo en busca de mi ex novio. Si parece que voy a perderme la graduación de Blue, venid a echarme una mano.

P.D. Os pongáis como os pongáis, cenar solo pastel no es sano.

P.P.D. No os olvidéis de llevar el coche al taller para que le cambien el aceite.

P.P.P.D. Buscadme en el fondo de un lago reflectante.

Entonces, una voz le susurró algo al oído. Era alguien de su futuro o tal vez de su pasado; alguien muerto, vivo o dormido. En realidad, no era un susurro, sino una voz ronca: la voz de alguien que llevaba mucho tiempo llamando sin encontrar respuesta.

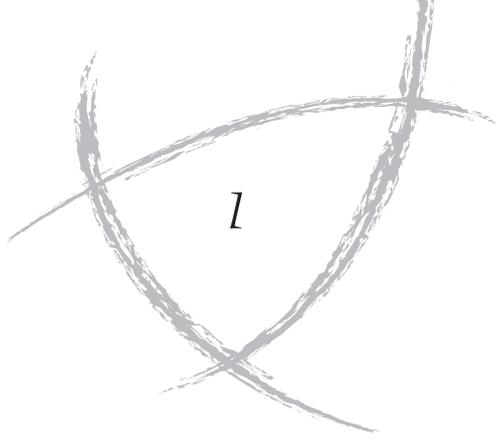
Pero Maura sabía escuchar.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Y la voz volvió a susurrar: «Encuéntrame».

No era Artemus. Era alguien más, alguien que se había extraviado, estaba a punto de extraviarse o se iba a extraviar en el futuro. En aquella caverna, el tiempo no era lineal: era un lago reflectante.

P.P.P.P.D. No despertéis al tercer durmiente.



—¿Te parece que todo esto es real? —preguntó Blue.

Estaban sentados entre los robles, bajo un insólito cielo azul. A su alrededor, del suelo húmedo brotaban piedras y raíces. La calima que los rodeaba no se parecía en nada al día otoñal, frío y encapotado que habían dejado atrás. Anhelaban el verano, y Cabeswater les había concedido su anhelo.

Richard Gansey Tercero, tumbado boca arriba, contemplaba el azul tibio y borroso del cielo que asomaba entre el ramaje. Con su pose indolente y su atuendo informal —pantalones chinos y jersey amarillo limón con cuello de pico—, parecía el heredero hedonista y descuidado del bosque que se extendía a su alrededor.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A lo mejor, cuando venimos aquí, todos nos quedamos dormidos y tenemos el mismo sueño.

Blue sabía que eso no era cierto, pero le reconfortaba y le emocionaba al mismo tiempo pensar que estaban conectados, que Cabeswater representaba algo en lo que todos pensaban cuando cerraban los ojos.

—Sé bien cuándo estoy despierto y cuándo sueño —replicó Ronan Lynch.

De la misma forma en que Gansey era suave y orgánico, difuso y homogéneo, Ronan era oscuro, afilado y disonante, un abrupta figura en relieve sobre el fondo del bosque.

Adam Parrish, acurrucado en el suelo y vestido con un mono raído y grasiento, levantó la cabeza para hablar:

—¿Ah, sí?

Por toda respuesta, Ronan emitió un desagradable gruñido a caballo entre el sarcasmo y la alegría. Él, como Cabeswater, era un hacedor de sueños. Si no conocía la diferencia entre la vigilia y el sueño, era porque, para él, carecía de importancia.

—Tal vez tú seas un producto de mi sueño —le espetó.

—En ese caso, gracias por la dentadura perfecta —repuso Adam.

A su alrededor, Cabeswater zumbaba de vida. Sobre sus cabezas revoloteaban bandadas de pájaros que no existían fuera de aquel bosque. En algún lugar cercano, un arroyo borbotaba sobre un lecho de rocas. Los árboles eran viejos y grandiosos, cubiertos de musgo y líquen.

Tal vez porque sabía que aquel bosque tenía consciencia propia, a Blue le parecía una criatura sabia. Si dejaba vagar su mente, casi podía sentir que el bosque la escuchaba. Era una sensación difícil de explicar, como si alguien tuviera la mano suspendida justo encima de la piel de Blue pero no llegara a tocarla.

Recordó las palabras de Adam: «Antes de entrar en la caverna, debemos ganarnos la confianza de Cabeswater».

Blue no acababa de comprender qué significaba para Adam estar tan estrechamente conectado con el bosque, haber prometido que sería sus manos y sus ojos. En ocasiones, sospechaba que ni el mismo Adam lo comprendía del todo. Pero a instancias del chico, todos habían regresado una y otra vez al bosque y habían caminado entre los árboles, explorando con cautela y evitando llevarse nada. Todos habían rodeado la entrada de la caverna en la que tal vez estuvieran Glendower... y Maura.

«Mamá».